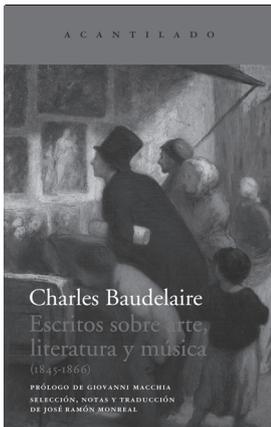


En algún momento se echa de menos un árbol genealógico, no solo de las familias de Guillermo el Conquistador o de Tancredo, sino de otras familias condales, si bien de la mayoría de ellas, en caso de dudas al hilo de la lectura, puede consultarse mucho material gráfico en internet, sin necesidad de grandes búsquedas. Un total de dieciséis ilustraciones rematan una obra pensada para un público amplio, con letra grande y clara. Se trata, en fin, de una lectura muy recomendable por su amenidad, humor, y la habilidad narrativa de los diversos capítulos, que son sintéticos y saben captar tanto lo esencial de la historia, como también la atención del público.

**BAUDELAIRE, C., *Escritos sobre arte, literatura y música (1845-1866)*, Barcelona, Acantilado, 2023, 1040 pp.**

Rafael Ramis Barceló  
Universitat de les Illes Balears – IEHM



**E**ste libro debería figurar en todas las bibliotecas de Letras de las Universidades hispánicas, pues –tarde o temprano– será objeto de consulta por parte de centenares de usuarios. Por diversos motivos, esta obra de Baudelaire resulta una reflexión lúcida y atinada sobre muchos aspectos del arte de su tiempo, en múltiples perspectivas: literaria, pictórica y musical.

Baudelaire era un personaje inclasificable, que resultaba incómodo para los liberales y los conservadores. No encajaba en ninguna parte y, cuando el lector recorre esta obra, sigue emitiendo el mismo juicio: demasiado conservador y católico, demasiado provocador y maldito, demasiado diabólico... Baudelaire es, ciertamente, «demasiado». En la obra que presentamos hay luz y hay verdad, a veces cegadora, aunque también hastío, escritos de encargo y rutina.

Como señala Giovanni Macchia: «los escritos críticos, los proyectos de dramas y de novelas, las narraciones, las páginas dedicadas al opio y al hachís, muchas cartas, son en su conjunto, antes que desarrollos periféricos de su obra, o agregados o barriadas de una ciudad ideal cuyo centro sería *Las flores del mal*, partes vivas en la arquitectura de tal ciudad, donde todo tiene un significado, un intercambio, un flujo y una razón de ser» (p. ix).

En este libro se recogen, en cuatro secciones, sus trabajos de «crítica de arte», «crítica literaria», «crítica musical», y «escritos póstumos». A nuestro entender, los trabajos de crítica artística son los más irregulares, puesto que los salones, en mayor medida, eran comentados por Baudelaire como un *modus vivendi*, y no tanto por su

necesidad de expresión literaria. A veces, da la impresión que escribe por encargo, de forma profesional, para cumplir con las peticiones.

Por ejemplo, en el salón de 1845, leemos: «Brillouin ha mandado cinco dibujos al carbón que se parecen un poco a los de Lemud; pero éstos son más firmes y quizá tienen más carácter. En general están bien compuestos. El *Tintoretto dando una lección de dibujo a su hija* es sin duda algo excelente. Lo que distingue sobre todo estos dibujos es su carácter noble, su seriedad y la elección de las cabezas» (p. 47).

En esas páginas de compromiso, aparecen entremezclados algunos fogonazos de genialidad, observaciones dignas de tenerse en cuenta: «el mejor modo de saber si un cuadro es melodioso es mirarlo a suficiente distancia como para no distinguir ni el asunto ni las líneas. Si es melodioso, tiene ya un sentido, y ha ocupado ya un lugar en el repertorio de los recuerdos» (p. 75). O también: «hay dos maneras de comprender el retrato: la historia y la novela» (p. 117).

Entre los pintores, Baudelaire exalta una y otra vez a Eugène Delacroix, a quien compara con Victor Hugo, siguiendo la estela de sus contemporáneos. Sin embargo, del pintor francés destaca, ante todo, la «melancolía singular y persistente que emana de todas sus obras» (p. 91). Junto con Delacroix, también tiene palabras de elogio hacia Ingres y no deja de hacer interesantes observaciones sobre caricaturistas franceses y extranjeros, entre los que se incluye Goya.

Sin embargo, sus comentarios pictóricos podrían resumirse en un panegírico de Delacroix, al que le dedica frases memorables: «¡La imaginación de Delacroix! Ésa nunca ha temido escalar las difíciles alturas de la religión; el cielo le pertenece, como el infierno, como la guerra, como el Olimpo, como la voluptuosidad. ¡He ahí el tipo de pintor poeta!» (p. 261). Asimismo, podemos leer, algo más adelante, que: «Delacroix estaba apasionadamente enamorado de la pasión y fríamente determinado a buscar los medios de expresarla del modo más visible» (p. 384). El último fragmento que hemos seleccionado, entre los muchos que merecerían figurar en una antología, es: «Eugène Delacroix era una curiosa mezcla de escepticismo, cortesía, dandismo, voluntad ardiente, astucia, despotismo y, por último, una especie de bondad particular y de ternura moderada que acompaña siempre al genio» (p. 394).

En cuanto a los escritos de crítica literaria, el talento de Baudelaire emerge aún con mayor pasión, esculpiendo frases aceradas y cinceladas, de solidez lapidaria. El amante de los aforismos y de los adagios sentenciosos podrá degustarlos sin parar, pues si es inmisericorde con los escritoruelos y juntaletas, no ahorra elogios a los prosistas y poetas de talento. Magníficas son las páginas dedicadas, por ejemplo, a *Madame Bovary* de Flaubert, si bien aún son mayores los encomios que dedica

a Théophile Gautier, dedicatario de *Les Fleurs du Mal*, a quien considera «un perfecto hombre de letras» (p. 520).

Se permite algunas críticas hacia Victor Hugo, a quien le unía una relación compleja, de amor y de envidia, que puede verse también en encendidos elogios y algunas pullas que comparecen en todo el libro. De todos modos, si se lee lo que escribió acerca de *Los miserables*, se puede entender su afinidad estética e incluso intelectual: «Victor Hugo está a favor del Hombre, y sin embargo no está contra Dios. Tiene confianza en Dios, y sin embargo no está contra el Hombre» (p. 602). En realidad, Baudelaire tensó más la cuerda, se tomó más en serio el Mal, y el abismo entre Dios y el Diabolo. Victor Hugo, a su lado, era quizás humano, demasiado humano.

Muy interesantes son las valoraciones «sobre algunos de mis contemporáneos», en las que emite juicios acerca de autores hoy menores, como Marceline Desbordes-Valmore, Auguste Barbier, Pétrus Borel, Pierre Dupont..., enfatizando sus virtudes y defectos, en un tono apasionado.

De todas formas, si Declacroix es el pintor que exalta, el escritor agraciado por la atención y los elogios de Baudelaire es Edgar Allan Poe, a quien profesa una admiración sin tasa. Tras repasar su vida, se detiene en algunas de sus obras, como *Eureka* (pp. 656-657). De Poe, destaca, sobre todo, su enorme talento, opuesto en gran medida a los rasgos pragmáticos de sus coterráneos. Pondera su «Imaginación», en términos hiperbólicos: «es una facultad casi divina que percibe todo de entrada, al margen de los métodos filosóficos, las relaciones íntimas y secretas de las cosas, las correspondencias y las analogías» (p. 703).

La obra concluye con una reflexión sobre el arte de Richard Wagner, del que seleccionamos lo siguiente: «ningún músico descuella como Wagner al *pintar* el espacio y la profundidad, materiales y espirituales. Ésta es una observación que diversas inteligencias, y de las mejores, no han podido evitar hacer en diferentes ocasiones. Posee el arte de traducir, a través de gradaciones sutiles, cuanto de excesivo, de inmenso, de ambicioso contiene el hombre espiritual y natural. A veces da la impresión, al escuchar esta música ardiente y despótica, de que nos encontramos, pintadas sobre un fondo de tinieblas desgarrado por la ensoñación, las vertiginosas concepciones del opio» (p. 726). Como puede verse, cada cual piensa en lo suyo.

Al final del libro hay algunos escritos póstumos, que —en diversos casos— son esbozos sobre los mismos temas, si bien hay otros muy interesantes, entre los que sobresale uno, titulado «El espíritu y el estilo de Villemain», que es un conjunto de notas hilvanadas, en las que se desprende una sinceridad ora cáustica ora benevolente: «los Villemain nunca comprenderán que a los Chateaubriand les asiste el derecho a ciertas inmunidades e

indulgencias a las que nunca podrán aspirar todos los Villemain del mundo» (p. 803).

Para una mayor intelección de este libro, es imprescindible leer las notas de José Ramón Monreal que, en su emplazamiento (al final y en letra pequeña), dificultan su disfrute. Como mínimo, sería mejor que las introducciones a cada obra figuraran como prefacio a las mismas, aunque fuera a pie de página. Esta crítica no empece en absoluto la espléndida labor de Monreal, editor experimentado en las versiones de clásicos franceses del siglo XIX (Balzac, Chateaubriand, Flaubert, Maupassant y Zola), a los que ahora se añade Baudelaire.

En fin, se trata de una obra muy recomendable, que cualquier persona de letras y artes puede (y debería) recorrer con provecho. No hay obligación de leerla toda, ni en el orden que aquí se propone, sino que es posible la fruición salteada, aunque siempre acompañada de las notas finales, que son una guía indispensable. Hay que felicitar a la editorial Acanalado por haber apostado por este proyecto, y a Monreal por su exquisita y paciente labor.

**MOISAND, J., *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2023, 317 pp.**

Antonio Muñoz Jiménez  
Universidad de Córdoba



**F**ederación o muerte. *Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)* supone una mirada rejuvenecedora a uno de los episodios más conocidos, y al mismo tiempo, más cargado de tópicos de la cientocincuentenaria república española. Una obra cuyo propósito es el de revisitar, bajo nuevos prismas y con nuevas fuentes, un episodio de sobra conocido en la Historia, literatura e imaginario colectivo.

Publicación que, junto con la obra colectiva editada por Manuel Suárez Cortina (*La Federal. La Primera República Española*, Sílex, 2023) y la publicada por Florencia Peyrou (*La Primera República: auge y destrucción de una experiencia democrática*, Akal, 2023), ha supuesto una de las mejores contribuciones en el marco del 150 aniversario de la proclamación de la Primera República Española.

Jeanne Moisand es profesora (*Maitresse de conférences*) de Historia Contemporánea de la Universidad París 1 Panteón-Sorbona e investigadora del *Centre de Recherche sur L'Amérique Latine et les Mondes Ibériques* (CRALMI), integrante de la unidad mixta de investigación